

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## EN HONOR DE LOS BOERS

En la librería del Sr. San Martín Puerta del Sol, 6, se hallará expuesta desde mañana la corona de laurel, oro y roble que DON QUIJOTE dedica al heroico pueblo boer.

La corona mide 1,20 metros de altura, y es obra, y obra notable de arte, del distinguido escultor D. Sebastián Aguado.

En las cintas, con los colores nacionales que adornan á la corona, se lee la siguiente inscripción:

La Redacción del periódico español, DON QUIJOTE, al heroico pueblo boer.

En la semana próxima, según tenemos prometido, enviaremos nuestra corona al gran anciano Krüger.

Y gracias á todos los que nos han ayudado en esta nobilísima empresa.

## LA PATRIA

—¡Y nunca echas de menos la patria?— preguntó el obrero rubio al moreno, elevando á sus labios el tosco jarro de cerveza.

—¡La patria?— contestó el otro, con la abstracción de quien contempla un objeto vago y lejano—. Si... muchas veces. El cielo azul, el mar azul, sonriendo al sol... Vosotros no conocéis el sol. Este sol de aquí alumbraba apenas como nuestra luna. Hay días en los cuales me asfixio, me ahogo entre estas negruras amasadas de niebla y hollín...

—Entonces, ¿pensarás en volver?—  
—¡Volver! ¡No, eso no! ¡Jamás!— contestó el interpelado, con un estremecimiento de horror.

Y, tras largo silencio, aquel hombre taciturno, acostumbrado á recatar sus penas en un mutismo sombrío, comenzó á hablar larga, interminablemente, como acometido de un súbito acceso de confianza y expansión.

—«Escucha— dijo—. Yo nací en una ciudad grande, hermosa y rica. Allí vivía en compañía de mi buena madre, mi pobre mujer y dos hijos pequeños, niño y niña: dos luceros. Trabajaba de firme en mi oficio de forjador. No siempre sobraba el pan en mi casa, pero nunca dejaron de habitar en ella el amor y la alegría. A veces cuando el alimento andaba escaso, solía yo quejarme de falta de apetito: los compañeros me habían hecho beber, había comido un arenque; no tenía gana. Mi madre, entonces, mirándome con ojos de sospecha, me reconvenía dulcemente. Los pequeños devoraban con la avidez de la infancia, y yo me alimentaba viéndoles comer.

Cierta noche, mientras dormíamos, entraron en casa unos hombres. No sé cómo abrieron ó violentaron la puerta. Sus maneras eran rudas y brutales. Dijeron que pertenecían á la policía y que tenían orden de prenderme. Me sacaron de la cama á viva fuerza, y me hicieron vestir más que de prisa. Mi madre y mi mujer, abrazadas á mí, no querían dejarme salir. Aquellos hombres las arrancaron de mis brazos. Los niños, por fortuna, estaban profundamente dormidos. No pude ni darles un beso. El menos inhumano de los polizontes, compadecido acaso de las lágrimas de mi madre, le dijo al salir:

—No se apure usted, señora. No será nada. Una diligencia, una declaración, un careo... Mañana está en la calle.

Me llevaron á una oficina, donde un empleado soñoliento se enteró apenas de quién yo era. Luego me hicieron subir entre bayonetas á un viejo castillo, un castillo asentado sobre una montaña que domina la ciudad, como amenazándola. Allí esperé el día, lleno de zozobra y ansiedad.

Muy entrada la mañana comparecí ante un señor con traje militar. Era el juez. Me preguntó muchas cosas: mi nombre, mi estado, mi oficio... Quiso saber detalles acerca de mi pasado, mis recursos, mis costumbres, mis amigos... Yo no comprendía á qué venía todo aquello. Por último, creí adivinar que se me imputaba participación en un terrible crimen anarquista que pocos meses antes había aterrado á la ciudad y conmovido al país entero. Protesté con indignación, pero mis protestas y mis descargos parecían irritar á aquel señor, en vez de calmarle.

—Te obstinas en negar, ¿eh? Ya te ajustaré yo

las cuentas—me dijo con tono amenazador. Y ordenó sacarme de allí.

Pasé á un calabozo, y á las pocas horas entraron en él cuatro hombres, cuatro verdugos. Llevaban cuerdas, varas, un hornillo y algunos extraños instrumentos de uso para mi desconocido. No podría expresarte lo que aquellos malvados me hicieron sufrir. Días y noches enteros obligáronme á recorrer mi prisión, sin comer sin beber, sin dormir, sin detenerme un solo instante, siempre bajo la amenaza del látigo. Me forzaron á devorar alimentos salados, someténdome al horrible tormento de la sed. Me rasgaron los labios, me arrancaron las uñas, me aplicaron ascuas á la piel... Todo lo que un hombre puede sufrir sin morir, todo lo sufrí yo. Todo lo que puede sugerir de más diabólico el genio de la crueldad, todo lo hicieron mis sicarios. A cada una de mis quejas, á cada uno de mis lamentos, respondían ellos invariablemente: —«Confiesa la verdad y acabarás de padecer.» ¡La verdad! Pero la verdad ya la había dicho, ¿qué querían de mí aquellas fieras?

Transcurrieron de este modo días, semanas, meses, años? No sé; la noción del tiempo se había desvanecido para mí en una eternidad de dolor. Cuando el juez me llamó de nuevo á su presencia, dí á todas sus preguntas una misma contestación: —«Lo que quiera usía.» Pero esto le exasperó. No era así como debía contestar; tenía que confirmar una por una las acusaciones que se me dirigieran. —«Eres anarquista?—Sí señor. —¿Conocias las tramas de los revolucionarios?—Sí, señor. —¿Te llevaron una vez á componer una bomba rota?—Sí, señor. —¿Sabias qué uso se pensaba hacer de aquella bomba?—Sí, señor... Y así todo; una serie interminable de mentiras. Tanto dije, que el juez mismo y los que le ayudaban en el interrogatorio tuvieron que rectificar mis asertos. Era demasiado. Debía calumniarme, pero sólo hasta cierto punto. No; los autores ya estaban convictos y confesos; yo no era más que cómplice. Y fui cómplice. Lo que quisieron.

Llegó el momento del juicio, y los acusados fuimos llevados en tropel á una sala vasta y sombría. Había allí un gran número de señores, todos de uniforme. Uno de ellos leyó un escrito largo, sin fin, en que se nos culpaba de los más negros delitos. Otros hablaron, á lo que pude entender, en nuestra defensa. Se dictó sentencia. Muchos, y entre ellos, debíamos morir. Pero el fallo no podía cumplirse sin la aprobación de un tribunal superior.

Nos instalaron en unas cuadras, donde esperamos muchas semanas, entre la vida y la muerte, el cumplimiento de nuestro destino. ¿Qué terrible espectáculo! Ojos hundidos, caras macilentas, carnes desgarradas, expresiones que no tenían nada de humano. Todos llevaban grabado en el semblante el sello de atroces sufrimientos físicos y morales. Ya no se nos atormentaba; pero el horror nos tenía como atónitos, paralizados, sumidos en un estupor semejante al idiotismo. Uno de aquellos desgraciados perdió la razón. Nos mirábamos unos á otros con recelo, y apenas osábamos comunicarnos en voz muy queda nuestros temores y esperanzas. Por fin llegó la decisión suprema. La pena capital había sido conmutada para algunos de entre nosotros por la de muchos años de presidio. Se separó del resto á los condenados á muerte para llevarlos á la capilla. ¡Y eran inocentes! La despedida fué desgarradora. Nunca, nunca olvidaré aquel momento.

Y pasaron más días, y una noche, yo y otros compañeros de infortunio, fuimos conducidos entre las sombras, furtivamente, á la cala de un buque surto en aquel puerto. Ni siquiera me fué dado despedirme de los seres queridos. ¿Qué era de ellos? Esta ansiedad constituía entonces la más honda de mis penas. Zarpó la nave, y tras breve travesía, desembarcamos en una costa ruda, entre salvajes peñascos. Era el presidio. Allí se renovó nuestro calvario. Trabajo de bestia de carga, alimentación insuficiente, bárbaros castigos al menor asomo de falta ó por puro capricho de nuestros duros carceleros.

Hombres generosos gestionaban nuestra libertad, pero cada uno de sus esfuerzos se traducía para nosotros en un acrecentamiento de penalidades. Los demás reclusos, grandes malhechores todos ellos, asesinos los más, nos miraban con una especie de compasión despreciable. En los raros momentos de expansión solían asegurarnos que había gran interés en que no saliéramos vi-

vos de aquel infierno, y que allí dejaríamos los huesos.

Se engañaban. El indulto llegó por fin á libertar á aquellos que logramos sobrevivir á tantas desventuras. Toda la prensa se hizo lenguas ponderando la magnanimidad de tan hermoso acto de clemencia. Apenas libre, volé á mi ciudad natal en busca de los míos. ¡Ya no estaban! Mi madre había muerto de pena; mis hijos habían muerto de no sé qué enfermedad, de miseria probablemente; mi desgraciada mujer había desaparecido. La busqué mucho tiempo en vano. Nadie supo darme noticias de su paradero.

Y una mañana me calcé las alpargatas, me eché al hombro el misero hatillo, y á cortas jornadas me encaminé hacia la frontera. Cuando llegué, hacía un tiempo espléndido. Trepé, no sin esfuerzo, á una alta montaña, y desde allí contemplé el magnífico panorama. A la izquierda, el mar azul, sonriendo al sol. De frente, la costa suave, graciosa, ondulante, bañada, en luz, perdiéndose en la lejanía. A la derecha, la vasta llanura, verde, sembrada de blancos caseríos. Era la tierra natal, la cuna de mis hijos, el sepulcro de mis padres. Allí dejaba cuanto había amado sobre la tierra. Era la patria, y al darle el último adiós, extendí el brazo... ¡y la maldije!

Calló el desdichado, ocultó el rostro entre las manos, y, más fuerte que su voluntad, se exhaló de su pecho un sollozo hondo, angustioso, convulsivo, verdadero estertor de agonía. Entonces el gigante rubio, de miembros hercúleos, que había escuchado inmóvil, con atención de niño, el trágico relato, se incorporó bruscamente, puso una mano sobre el hombro de su compañero, alzó con la otra, en ademán de brindar, el tosco jarro de cerveza, y gritó con voz estentórea, atronadora, que hizo temblar todos los vidrios de la taberna:

—Camarada, ¡viva Inglaterra!

ALFREDO CALDERÓN

## LA CORONA

¡Salud, pequeña cúpula de un templo que acaba de arruinarse, negra línea que todo lo limita, aro de hierro que comprime el cerebro de los reyes y muere los tobillos del esclavo! ¡Salud, corona; cardo que requiere, para echar sus raíces, una tierra seca y estéril!

El león de los bosques hace alarde de su melena, cuyos amplios rizos parecen llamas y, á merced del viento, simulan tempestades de relámpagos; el ciervo cubre su cabeza airosa con los ramosos cuernos que su mismo vigor retuerce, y en su frente, ponen musgo las rocas.

Tú, empero, hombre pequeño, descendiente y genitor de reyes, es preciso que comprimas la sangre de tus venas con el aro brillante; es necesario que protejas tu frente artificiosa, contra el libre contacto de los aires que dan malos consejos. ¡Salve ricas frias coronas!

El sol no quemará vuestras cabezas bajo ese casco sin penacho airosa; y seréis como tierra que á la sombra de un murallón, no da cosecha: en vano vuestras ideas hervirán, debajo de ese gorro mohoso; darán gritos como gallinas en corral estrecho y, á picotazos, dejarán sus crestas rojas de sangre.

¡Pobres ideas vuestras, condenadas á una cárcel sin luz, como capullos que nunca han de estallar! —No les es dado asomar las cabezas anhelantes y derramar los ojos por el campo plétórico de mieses-sacerdotes de una doctrina muerta, ya no pueden cambiar de ritos!

¡Oh, necios coronados! ¡oh, fastuosas estatuitas de sal! ¡oh frases hechas, y palacios de bóveda cerrada! Sois como pedestales—¡sin arterias, sin músculos, ni fuerza, destinados á sostener una reliquia! —¡Oh, fábula del asno fatuo! ¡oh, reina de las fábulas! —¡Lloradla, reyes!

¡Llorad, pidiendo libertad al mundo! Yo he pensado en vosotros, yo os he visto como turba de esclavos, amarrados á una enorme cadena—y las coronas son eslabones de ella—, y yo he venido á derribar las puertas de la cárcel donde estáis encerrados: vuestros súbditos siguen mis pasos.

¡En marcha!... Todas las doncellas pueden amarnos libremente y ya, desnuda vuestra cabeza, no herirá los senos blancos donde descanse. —¡En marcha, reyes! ¡Ya volvéis á ser hombres! Ya sois dueños de pisar todos los caminos. ¡Salve! como una ancianidad vuestra corona ha desaparecido, y nuevamente ¡todos sois jóvenes!

¡Pueblo, botón consciente, hombre sincero, vuelve á coger con tus sagradas manos ese gorro molesto, y contra el suelo arrójalo riendo y luego canta de alegría por él y por su dueño! —¡La tierra olvida siempre!— Es muy posible, andando el tiempo, si las lluvias crecen y el polvo del camino la recubre, que sobre esa corona despreciable, broten, como una redención, las hierbas!

E. MARQUINA

## Al vado ó á la puente

Caballero del ideal, allá va Canalejas de provincia en provincia y de pueblo en pueblo, predicando la buena nueva de la redención del obrero y del triunfo de la democracia.

Traicionado por su partido, engañado por Sagasta, arrojado del poder por el Nuncio, señalado allí «en las alturas donde se forja el rayo» con el estigma de los réprobos, descalificado por demócrata entre los monárquicos, Canalejas ha logrado atraer sobre sí las simpatías de la opinión.

Cayó del ministerio gallardamente, por defender los derechos del Estado en contra los derechos de la Iglesia, por no doblegarse á las exigencias de Roma, por ser el paladín de la democracia y el enemigo de la reacción...

¡Así se cae, así se debe caer! Y dejó el ministerio llevando en sus manos la bandera de la democracia para izarla por toda España y conquistar para sus ideas el apoyo de las masas y el aplauso de la opinión.

Ahora es preciso que el Sr. Canalejas adopte una resolución definitiva y declare de una vez sisigue con la monarquía ó con la República.

Las situaciones claras. Al vado ó á la puente. O con el pueblo ó contra el pueblo. O con la Iglesia ó contra la Iglesia. A la República ó á la monarquía. ¡A elegir! Y á elegir pronto.

No es posible ser monárquico y republicano, llevar en la cabeza unas veces el gorro trígico y otras veces la corona. Haga el Sr. Canalejas examen de conciencia y resuelva pronto lo que sea, porque el pueblo, desengañado de unos y de otros, ha perdido la paciencia y no quiere esperar más.

¡Es que el Sr. Canalejas cree compatibles la democracia y la monarquía? ¡Es que no se ha enterado aun de eso de los obstáculos tradicionales, después de la intervención del Nuncio en la última crisis?

Insistimos. Resuelva el Sr. Canalejas pronto su situación. O con la República ó con la monarquía.

Ese es el dilema.



# DON QUIJOTE

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



La compañía que actuará en el Real.—¡Dios sobre todo!—Durante la temporada próxima.



Don Práxedes.—Toma los trastos de matar hijo ¡y buena suerte!  
Don Segis.—Estimando, maestro.



No lleva mal equipaje.

## LOS NUESTROS



SINESIO DELGADO

## WEYLER DISGUSTADO



Don Práxedes.—Hay que tener calma D. Valeriano.  
Weyler.—No, si á mi me gusta mucho que me den con la badila en los nudillos.



Canalejas.—¡Levántate y anda!

## SAGASTA EN ZAPATILLAS



Don Práxedes.—¡V poco bien que estoy con este trajecito para gobernar!



¡No entreis que están trabajando los Ministros!



## LAS COMUNIDADES

Se inscriben las asociaciones religiosas, y como un triunfo señala el gobierno esa inscripción. ¿Será posible que crea el Sr. Sagasta que la tal inscripción ha de satisfacer ni poco ni mucho al país?

Equivale la inscripción al reconocimiento por el gobierno de la legalidad de todas las asociaciones inscritas. No habrá gobierno que pueda mañana con ellas, como no sea revolucionariamente. Pondrían todas, si se intentara tocarlas, el grito en el cielo, alegando que la inscripción a que se las había sometido las daba toda clase de derechos.

El precedente está sentado, y las negociaciones con Roma partirán, desde luego puede ya asegurarse, sin temor a equivocación, del reconocimiento como legales de todas las asociaciones hoy inscritas; es decir, de todas las asociaciones. ¿Para que habrá servido la decantada inscripción?

Para nada, como no sea para confirmar con auxilio de una nueva estadística lo que ya sabía el país: que España está sembrada de conventos. El espectáculo que con la inscripción se ha ofrecido a los ojos del pueblo trabajador y productivo, no puede ser más edificante.

Muchos miles de hombres y mujeres viven en España sin mayor trabajo que rogar á Dios que conserve vivos, humildes y laboriosos á aquellos á cuya costa se sustentan.

Miles de hombres y mujeres que consumen y no producen; miles de hombres y mujeres que han descubierto la piedra filosofal: convertir en pan su holganza; miles de hombres y mujeres más soberbios y menos útiles aún que los mendigos; miles de hombres y mujeres que, á seguir su regla, son, contra la ley natural, completamente estériles, y á no seguirlos, aumentan considerablemente las cargas públicas, acreciendo la población de inclusas y de hospicios... Eso es lo que la inscripción ha puesto ante los ojos del proletariado, que lucha con esfuerzo titánico por alcanzar tan justas como regateadas reivindicaciones.

El timo de los 54 millones de la gran timadora francesa, es nada comparado con el timo con que merman á diario la vida nacional los que, sus trayéndose al trabajo, engañan al país, vendiéndole anticipadamente las felicidades celestes.

Respetamos todas las creencias; pero opinamos que nada hay sin límite. ¿Puede consentirse sin protesta el acaparamiento de la riqueza y el bienestar de un pueblo?

En nombre del derecho á la vida, en nombre de la economía, en nombre de la moral, en nombre de la naturaleza, las comunidades de holgazanes estériles deben ser expulsadas. La libertad ampara la virtud y el trabajo; es absurdo invocar su nombre para amparar el crimen y la muerte.

A nadie se le ha ocurrido defender la libertad del asesinato; á nadie puede ocurrírsele defender la libertad del parasitismo.

Todo el que en una forma ó en otra no trabaja, redobra injustamente el trabajo ajeno. Dios es grande, Dios es infinito, Dios está en todas partes y ve todas las cosas; rezad, los que recéis, en lo más recóndito de vuestra cámara y oirá vuestra oración.

Ganarás el pan con el sudor de tu frente, fué su maldición al primer hombre, según reza el texto sagrado.

Rezar, podrá ser una virtud y hasta un deber; rezar, no puede ser un oficio.

¡Monjas, frailes!, el suelo inculto de España os brinda una ocasión de ser útiles: ¡á la azada, al rastrillo, al arado... ó á la frontera!...

F. PI Y ARSUGA

## Nocturno.

Del lejano pueblo ya humean las tejas, tras de las montañas el sol se ve hundir, por el blando césped triscan las ovejas, que, al llegar la noche, tornan al redil.

Apojado un viejo sobre un fuerte espino, frente á la pinada, por el monte va; Cansado, una piedra halla en el camino, y en ella se sienta descansa á tomar.

—¡Ay—dice—qué triste, qué triste que estoy! Y al oírle un sapo prorrumpió:—¡Cro, cro!

¡Las ánimas tocan! En noche como ésta pasto de las llamas mi vivienda fué; murióse mi esposa, ya nada me resta... sembré la simiente, y echóse á perder!

En poder de extraños mis predios y huertas, pido, desde entonces, limosna... ¡Ay de mí! mas cuando cerradas no encuentro las puertas, ládranme los canes y no hacen huir.

Canta, sapo, canta, tú y yo ¡somos dos!

Y el sapo, lloroso, cantaba:—¡Cro, cro!

Ambos nos hallamos solos en la tierra, dó encuentras tú abrigo que á mí no me da; á ti no te muerden vientos de la sierra, que á mí las entrañas royéndome están.

Tú, solo en los montes, en ellos esperas, cantando tranquilo, que llegue tu fin; yo, nacido entre hombres, duermo entre las fieras, y muerte no encuentro si quiero morir.

Ya tocan... ¡Recemos, que dicen que hay Dios! Y él reza, y el sapo le canta:—¡Cro, cro!

Ya la noche cierra; su rayo brillante la luna en los montes comienza á quebrar; corre un viento frío, frío y penetrante, y á lo lejos se oyen los lobos aullar.

El misero viejo, ya de años cargado, se alza y coge el palo, ¡su único sostén! Levanta á los cielos el puño cerrado, y vuelve de nuevo su marcha á emprender.

Y al ver cual lo envuelve la obscura extensión, el sapo se queda cantando:—¡Cro, cro!

M. CORROS ENRIQUEZ

## Las dos clases de ladrones.

Un miserable se ha enriquecido robando al público, vendiendo sus mercancías faltas de peso, y la ley le nombra jurado.

En lo más rudo del invierno, un pobre roba un pan para mantener á su familia.

Pasad la vista por esa sala en la que hormiguea el público; en ella el rico va á juzgar al pobre...

Fijaos bien; ese juez, ese mercader, incomodado porque le hacen perder una hora, mira distraidamente al hombre, que está llorando; le envía á presidio, y él se marcha á su casa de campo. El público, el bueno y el malo, sale de allí diciendo:

—¡Es justa la sentencia!...

...Sólo queda en el tribunal que ocuparon los jueces, un Cristo pensativo y pálido que levanta los brazos hacia el cielo desde el fondo de la sala.

VÍCTOR HUGO

## El pan nuestro.

Diez la oración más humana de la religión de Cristo: El pan nuestro de cada día, dánosle hoy. No dice el pan de cada día, sino el pan nuestro. ¡Nuestro! ¡Habéis meditado, fariseos, sobre el sentido de esta palabra! Nuestro; es decir, que el pan de nuestra mesa no sea el que falta en la mesa de los demás, que sea el nuestro, adquirido en justicia sin menoscabo del pan ajeno. Y si así no fuere, si el pan de vuestra mesa, ricos y poderosos de la tierra, no es verdaderamente vuestro, de nada os servirá que repartáis las sobras por caridad, si antes no habéis dado lo que es de justicia.

JACINTO BENAVENTE

## QUISICOSAS

Te vas y añarás me dejas. Así mismito dejé á Sagasta Canalejas.

—¡Qué es eso del dedo, que te produce gran dolor?

—Pues que ayer me examiné y ¡ay, amigo! me corté delante del profesor.

Yo no como ni visto y estoy contento, porque tengo en mi patria muchos conventos, y en dulce calma voy muriendo de hambre ¡mas, salvo el alma!

## MEDIUM

Soy un hombre intranquilo, nervioso, muy nervioso; pero no estoy loco, como dicen los médicos que me han reconocido. He analizado todo, he profundizado todo, y vivo intranquilo. ¡Por qué! No lo he sabido todavía.

Desde hace tiempo duermo mucho, con un sueño sin ensueños; al menos, cuando despierto, no recuerdo si he soñado; pero debo soñar; no comprendo por qué se me figura que debo soñar. A no ser que esté soñando ahora cuando hablo; pero duermo mucho; una prueba clara de que no estoy loco.

La medula mía está vibrando siempre, y los ojos de mi espíritu no hacen más que contemplar

una cosa desconocida, una cosa gris que se agita con ritmo al compás de las pulsaciones de las arterias en mi cerebro.

Pero mi cerebro no piensa, y sin embargo está en tensión; podría pensar; pero no piensa... Ah, ¡os sonreís, dudáis de mi palabra! Pues bien, si lo habéis adivinado. Hay un espíritu que vibra dentro de mi alma. Os lo contaré.

Es hermosa la infancia, ¿verdad? Para mí el tiempo más horroroso de la vida. Yo tenía, cuando era niño, un amigo; se llamaba Román Hudson; su padre era inglés y su madre española.

Le conocí en el Instituto. Era un buen chico; sí, seguramente era un buen chico; muy amable, muy bueno; yo era hurano y brusco.

A pesar de estas diferencias, llegamos á hacer amistades, y andábamos siempre juntos. Él era un buen estudiante, y yo discolo y desaplicado; pero como Román siempre fué un buen muchacho, no tuvo inconveniente en llevarme á su casa y enseñarme sus colecciones de sellos.

La casa de Román era muy grande y estaba junto á la plaza de las Barcas, en una callejuela estrecha, cerca de una casa en donde se cometió un crimen, del cual se habló mucho en Valencia. No he dicho que pasé mi niñez en Valencia. La casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto muy grande, con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

Mi amigo y yo jugábamos en el jardín, en el jardín de las enredaderas, y en un terrado ancho con lasas que tenía sobre la cerca enormes tientos de pitas.

Un día se nos ocurrió á los dos hacer una expedición por los tejados, y acercarnos á la casa del crimen, que nos atraía por su misterio. Cuando volvimos á la azotea, una muchacha nos dijo que la madre de Román nos llamaba.

Bajamos del terrado, y nos hicieron entrar en una sala grande y triste. Junto á un balcón, estaban sentadas la madre y la hermana de mi amigo. La madre leía; la hija bordaba. No sé por qué, me dieron miedo.

La madre, con voz severa, nos sermonó por la correría nuestra, y luego comenzó á hacerme un sinnúmero de preguntas acerca de mi familia y de mis estudios. Mientras hablaba la madre, la hija sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara... Hay que estudiar—dijo á modo de conclusión la madre.

Salimos del cuarto, me marché á casa, y toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Desde aquel día esquivé como pude el ir á casa de Román. Un día vi á su madre y á su hermana que salían de una iglesia, las dos enlutadas, y me miraron y sentí frío al verlas.

Cuando concluimos el curso, ya no veía á Román; estaba tranquilo; pero un día me avisaron de su casa, diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fui y le encontré en la cama, llorando, y en voz baja me dijo que odiaba á su hermana. Sin embargo, la hermana, que se llamaba Angeles, le cuidaba con esmero y le atendía con cariño; pero tenía una sonrisa tan rara... tan rara...

Una vez, al agarrar de un brazo á Román, hizo una mueca de dolor.—¡Qué tienes?—le pregunté—, y me enseñó un cardenal inmenso, que rodeaba su brazo como un anillo. Luego, en voz baja, murmuró:

—Ha sido mi hermana.

—¡Ah! Ella...

—No sabes la fuerza que tiene; rompe un cristal con los dedos, y hay una cosa más extraña: que mueve un objeto cualquiera de un lado á otro sin tocarlo.

Días después me contó, temblando de terror, que á las doce de la noche, hacia ya cerca de una semana, que sonaba la campanilla de la escalera, se abría la puerta y no se veía á nadie.

Román y yo hicimos un gran número de pruebas. Nos apostábamos junto á la puerta... llamaban... abríamos... nadie. Dejábamos la puerta entreabierta, para poder abrir en seguida... llamaban... nadie.

Por fin quitamos el llamador á la campanilla, y la campanilla sonó, sonó... y los dos nos miramos estremecidos de terror.

—Es mi hermana, mi hermana—dijo Román—, y convencidos de esto buscamos los dos amuletos por todas partes, y pusimos en su cuarto una herradura, un pentágono, y varias inscripciones triangulares con la palabra mágica. Abrakadabra.

Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de sus sitios, y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

Román languidecía, y, para distraerle, su madre le compró una hermosa máquina fotográfica. Todos los días íbamos á pasear juntos, y llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

Un día se le ocurrió á la madre que los retratará yo á los tres en grupo, para mandar el retrato á sus parientes de Inglaterra. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea, y bajo él se pusieron la madre y sus dos hijos. Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresioné dos placas. En seguida Román y yo fuimos á revelar-

las. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la hermana de mi amigo se veía una mancha oscura.

Dejamos á secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Angeles, la hermana de Román, vino con nosotros á la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decirnos una palabra. Sobre la cabeza de Angeles se veía una sombra blanca de mujer de facciones parecidas á las suyas. En la segunda prueba se veía la misma sombra; pero en distinta actitud, inclinándose sobre Angeles, como hablándole al oído.

Nuestro terror fué tan grande, que Román y yo nos quedamos mudos, paralizados. Angeles miró las fotografías y sonrió, sonrió. Esto era lo grave.

Yo salí de la azotea y bajé las escaleras de la casa tropezando, cayéndome; y al llegar á la calle eché á correr, perseguido por el recuerdo de la sonrisa de Angeles. Al entrar en casa, al pasar junto á un espejo, la vi en el fondo de la luna, sonriendo, sonriendo siempre, siempre...

¡Quién ha dicho que estoy loco! ¡Miente!, porque los locos no duermen, y yo duermo... ¡Ah! ¡Creáis que yo no sabía eso! Los locos no duermen, y yo duermo. Desde que nací, todavía no he despertado.

PIO BAROJA

## LIBROS

Petronio, el personaje que tan atractivo y simpático se nos representa en la novela *Quo vadis?*, como sabe la mayor parte del público culto, es un personaje real de aquella época, escritor agudo y satírico. Su principal obra, verdadera joya latina, es el *Satiricón*, que acaba de traducirse del latín por el Sr. Menéndez Novella y publicado por la casa Rodríguez Serra. A su alto mérito literario reúne dicha narración novelesca el ser una pintura exacta de las libres costumbres del imperio romano en decadencia. Véndese en todas las librerías al precio de dos pesetas.

El Sr. D. Carlos Fernández Ortuño, ha publicado con el título de *Testamento de Sagasta*, un «Poema en verso homicida para reír toda la vida.»

según declara el propio autor. El *Testamento de Sagasta*, que, dicho sea en honor de la verdad, está escrito con mucha gracia, se halla de venta en todos los puestos de periódicos, al precio de 10 céntimos ejemplar.

*Biblioteca Universal de Bolsillo.* He aquí el sumario del primer tomo, *Ensayos sobre política y literatura*, de Víctor Hugo: «Noticia sobre Mirabeau.—Sobre Walter Scott.—Juicio crítico sobre Voltaire.—Sobre el abate Lamennais.—A la muerte de lord Byron.—Diario de las ideas y opiniones de un revolucionario.» Precio, 35 céntimos.

La distinguida escritora doña Laura García de Giner, ha publicado con el título de *La Samaritana*, una preciosa novela, tan interesante como bien escrita.

*La Samaritana*, editada con verdadero gusto, forma parte de la *Colección Diamante*, de Barcelona, y se halla de venta en todas las librerías al precio de 50 céntimos.

## ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¿Queréis gustar todos los placeres del Arte? Pues id á la calle de Alcalá, 17, al gran establecimiento de muebles de A. Vallejo. Y me daréis las gracias.

Oid la voz de la verdad, y no desoigáis su mandato: «¡Aseguraos la vida en La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13!»

No hay nada mejor, después de comer, que una taza de café y un cigarro puro. Y después de una taza de café y un cigarro puro, no hay nada mejor que una copita de *Antes del Mono*.

## LA FRANCESA

El doctor Charcot lo ha dicho: Para evitarse el padecer ciertas enfermedades, no hay más medicina que los preservativos higiénicos. De venta en *La Francesa, Paz, 1.*

## CAMAS Y MUEBLES

## LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.